La Procesión

Mayordomía

27/11/2012

Eduardo Chamorro

La Procesión

Mateare es un bucólico pueblecito del Departamento de Managua, situado a más o menos cinco leguas al oeste de la ciudad del mismo nombre y capital de la República, en las riberas occidentales del lago Xolotlán. Dicen que fue fundado allá por el año de 1898, pues era un lugar obligado de paso antiguo entre las ciudades de León y Granada, durante la época colonial, lugar de recambio de bestias y descanso de jornada del largo trayecto. Domingo Juarroz, historiador que escribió en tres tomos la "Historia del Reino de Guatemala", en 1751, en la página 26 del mismo habla sobre su visita a Mateare de la siguiente manera:

"Caminadas tres leguas (de Managua) se llega a una cruz, desde ella comienza la jurisdicción de la ciudad de León,... a otras tres leguas se halla Mateare; es un pueblo de indios anexo en lo espiritual a Managua. Los curas de éste cuidan de la administración de aquella feligresía, tiene iglesia de tres naves, pero de paja, reducida y tan mal tratada que amenaza ruina. Solo hay el altar mayor, en que está el titular San Juan, diez y siete bohíos, otras tantas familias y noventa personas, con su Alcalde, Alguacil Mayor, dos regidores y Fiscal; hállese situado como a dos cuadras de la laguna grande de Managua, el monte de que se halla cercado le impide la participación de sus aires. A una legua también hacia el norte el volcán de Momotombo le domina, su cima, en fin, es muy cálido y húmedo, aconséjeles a sus moradores, que si no querían experimentar su total exterminio, desmontasen sus cercanías, así lo han practicado y desde entonces gozan de más sanidad; y pagan de tributo ciento cincuenta y siete pesos. El territorio se extiende a cuatro y media leguas de longitud (25.077 M.) y de latitud cuatro (22,290.8 M.); en ellas hay diez hatos de ganado mayor, y unas pocas chacras. Un día me mantuve en este pueblo sin haber hecho otra función que confirmar como cincuenta personas por las muchas lluvias que ocurrían."

Algunos dicen que el nombre de Mateare se tomó del Cacique indígena Mat- Rit- Matarot, quien encabezaba una pequeña tribu que habitaba desde las lomas hasta las propias costas del lago. Otros dicen que el nombre deriva del árbol conocido como "Espino de Mateare", además de gustarme más la primera versión, con la segunda acabamos en el mismo origen del asunto: Bien," Espino de Mateare", y... ¿de dónde viene el nombre de Mateare?

La primera teoría es adornada con el hecho de que a solamente una legua del pueblo existe una prueba irrefutable de su veracidad, según los

mateareños, están ahí las “Cuevas del Cacique”, localizadas en la parte media de la rocosa cordillera de los Maribios, estas cuevas son en realidad tres túneles horadados en la pared rocosa de la montaña y se piensa que eran la morada del Cacique Mat- Rit -Matarot. Desde las cuevas tenemos una espectacular vista tanto del Xolotlán, como del perfectamente cónico volcán Momotombo y de su rémora enana el volcán Momotombito.

Probablemente el Cacique Matarot era un hombre atlético, vigoroso, arrojado y valiente, pues para llegar a las cuevas se requiere de una caminata a trote de más de una hora, a partir del pueblo, para alcanzar la parte baja del zanjón que forman las aguas que bajan escurriendo en cascadas del macizo montañoso, para luego empezar a trepar por las muy rocosas e inclinadas encajonadas, asiéndose fuertemente de bejucos, arbustos, piedras y de todo lo que pueda ser asible, esquivando las mortíferas serpientes cascabeles que vamos encontrando a cada paso, así como la presencia de amenazantes e intimidantes escorpiones, aguijón en ristre, llamados acá alacranes. Otro asunto aparte son las cáusticas y pícaras hojas de chichicaste, partes inseparables de la tupida y feraz vegetación, que si llegan a si quiera rozarte la piel, por muy leve que sea la caricia, sentirás sin dudas un intenso ardor, un irreprimible impulso a rascarte ad infinitum, mientras más te rascas, más te pica … ¡ y más te arde!, para así de esa manera escalar los profundos barrancos que bordean el risco donde veremos en la cima las entradas… cosa seria el asunto, sin mencionar que al llegar a las cuevas es notoria la presencia

zumbante de gigantescas avispas “ahogadoras”, que pareciera que custodian las entradas de las cuevas y que si tienes la mala suerte de que te ataquen en bandada, son capaces de aniquilarte sin mayor trámite, es a lo que los lugareños llaman “los tabanazos”, ése era Mat- Rit -Matarot. Como premio, en la entrada de las tres cavidades horadadas, existe un manantial de agua prístina, pura, cristalina, dulcita, donde era común ver venados silvestres apagando su sed.

La zona está llena de mitos, tal vez debido a su entorno, verde, agreste, salvaje. Existen dos lagunas que ocupan sendos cráteres de volcanes explotados, muy cerca del pueblo, además del enorme lago Xolotlán: la de Apoyeque, que forma una península en la ribera del lago y Xiloá, ambas circulares, ambas perfectas, ambas quietas, frescas, bonitas, llenas de peces... hace olvidar a cualquiera que otrora fueron también violentos volcanes que volaron en pedazos sus conos al espacio, a la estratósfera, sin empacho alguno, derramando así ígnea lluvia por todos lados y haciendo más fértiles los suelos para sembrar maíz, frijoles, guineo cuadrado, yuca, sorgo… en un lugar como este los mitos nacen por todos lados, con ellos los cuentos y las creencias de las más inverosímiles, como el del hombre apodado “Chaleco”, quien por dormir siempre en hamaca corta quedó encorvado, como dando eternamente las gracias, y que a pesar que nunca antes había tenido miedo a picaduras de cascabel, pues no usaba otro calzado más que sus caites descubiertos, ahora sí las temía, pues el secreto para escapar de la cruda acción mortífera del veneno inoculado era morder al ofidio, hasta destriparlo y él ya a sus 88 años de tránsito por esta ingrata vida no tenía uno solo, así que estaba jodido… y aún así seguía saliendo diariamente al monte a buscar arbustos con los que elaboraba escobas de patio, que las vendía a tres pesos cada una en el Mercado Oriental de Managua.

No menos inverosímil es el cuento de que a los viandantes nocturnos, al pasar por la Ceiba Bruja, les salía una chancha, la cual corría a la par del montado, por más rápido que el jinete fuera, ahí iba la chancha, a la par: paca, paca, paca… trotando como si nada, incrementaba el aterrorizado la velocidad, azotando la bestia y… paca, paca, paca… la chancha bruja ahí iba, al ladito, a la par, hasta que en alguna vuelta del camino ésta se perdía entre el oscuro matorral. O el cuento de la negra Clotilde, que salía en las noches sin luna en completa y total desnudez, sin un solo trapo encima, caminaba por todo el centro del pueblo, de arriba abajo, de norte a sur, y que como ella era tan negra… ¡nadie la veía! La única manera de saber que ahí iba era cuando ella reía, se veía el reflejo de sus blancos dientes y se escuchaba a la vez un sonoro ja-ja-ja-ja-ja…

Parece que esas cincuenta confirmaciones que realizó el cura Domingo Juarroz en 1751 fueron fructíferas, Mateare conserva aún hoy día una fuerte ascendencia católica, la cual la expresan sus habitantes alegremente con lucidas procesiones, ferias, serenatas, etc. La Patrona del pueblo es la Virgen de las Mercedes, al igual que en la ciudad de León. A la venerada Virgen la sacan en procesión por las calles todos los 24 de septiembre, año con año, haciendo un largo recorrido por las tres zonas urbanas de la comunidad: el sector occidental el sector oriental y el sector del lago. Además, existe también una sólida veneración a los Apóstoles Pedro y Pablo, a los cuales les hacen sus respectivas festividades el día 29 de junio, llamadas “Festividades de San Pedro”, a los dos santos ya mencionados los llevan en agitada procesión no solo por el área urbana del pueblo, van también a la zona rural, fincas importantes, aldeas, etc. En estas celebraciones se nombra año con año un Mayordomo, el cual es el responsable de recibir a los santos y a la gente de la procesión, así como de alimentarlos, apagarles la sed, alegrar el asunto con mariachis o chicheros y la infaltable chicha fermentada, por supuesto. Muy simpática la cosa, las celebraciones de San Pedro se extienden por una semana entera, hay palo encebado, monta de toros, carreras de cintas, alboradas y vigilias nocturnas, todo un acontecimiento organizado por el párroco y el alcalde, con mucha ayuda de las fuerzas vivas del pueblo.

Por infortunio atávico, y cosa muy generalizada en estos asuntos de procesiones, esta muy bonita costumbre, la procesión de San Pedro, exclusivamente, con los años, se ha venido degenerando en un gran alboroto mundano, hay mucho alcohol, se da mucho relajo, por lo cual los diferentes curas designados al municipio de Mateare, han venido luchando día a día, para así retornar la costumbre a algo más espiritual que espirituoso, más religioso que mundano, siempre alegando que es este un evento religioso y no una reunión de borrachos y de vagos. La gente, que no entiende de otra manera dichas celebraciones, optó por sacar en procesión una réplica de la imagen de San Pedro, a la que llaman “San Pedro Chiquito”, el mismo 29 de junio y en las mismas calles, en competencia frontal con la original del cura, dándose el peligroso contexto de lo intimidante que resulta cuando se da el caso en que las dos procesiones se llegaran a encontrar en las calles del municipio. En la última ocasión que esto aconteció, el cura, al ver aquel mar de gente que venía directamente a su encuentro con San Pedro Chiquito en andas, simplemente apuró el paso de su procesión con la imagen original, procedió vertiginosamente a guardar el santo y a cerrar los portones de la iglesia. Mucha gente se enojó con el sacerdote, él expresó textualmente: “Sólo hice lo que tenía que hacer, vine a evangelizar y no a ver cómo 300 vagos dañan las

festividades religiosas de Mateare", el asunto quedó de resolverse en el plano judicial, pues encima acusaron al pobre clérigo de secuestro de la imagen, amenazas y acciones atentatorias contra la comunidad… gente difícil.

Pues bien, este es el contexto de lo que relataremos… Allá por el año de 1944, cuando aún no había "San Pedro Chiquito" a Cabo Luis le rondaba en la cabeza su vieja ilusión de comprar una finca, a él le encantaba el campo, los caballos, la actividad agrícola, el cielo abierto, ya estaba aburrido de la opresión insana de las ciudades, quería probar un futuro diferente. Su compadre Félix Pedro Pastora, que era un gran cazador deportivo, le había mencionado sobre una hacienda muy bonita que estaba en venta, por el lado de Mateare, él mismo la había visto en su última cacería de venados y conejos por esa zona de Managua. Cabo Luis no lo pensó dos veces, al día siguiente de su encuentro con el compadre, tomó el tren hacia Mateare, que era la manera expedita de llegar, por su periferia pasaba la locomotora con los carros cargados de distinguidos pasajeros en primera categoría, mientras en los vagones siempre viajaban los comerciantes y campesinos en su interminable ir y venir en busca de los cafetales de Carazo o los ingenios y bananeras de Chinandega. Se hubiera podido ir por caminos de tierra pero el viaje era pesado, pues había que sortear la Cuesta del Plomo, de pronunciada pendiente y peligrosidad, también habría podido irse navegando el lago Xolotlán, pero definitivamente él era hombre de tierra, no de aguas, así que lo más lógico, fácil y expedito era tomar el Tren del Pacífico y bajar en la estación de Mateare, alquilar una bestia y dirigirse a ver la propiedad en venta. Así lo hizo, la hacienda le encantó, estaba situada a una legua del pueblo de Mateare, hacia la montaña, era propia para la siembra agrícola y tenencia de ganados, el camino entre la finca y el pueblo estaba muy bueno, perfecto, incluso había en la propiedad una casa hacienda, mejorable pero aceptable, unos cuantos trabajos y quedaría apta para el uso familiar que le daría, así que regresó a Managua, buscó contactarse con el propietario y así proceder a comprarla inmediatamente.

Cabo Luis y Graciela, su esposa, no tardaron mucho en realizar el traslado familiar desde la ciudad de Managua hacia la hacienda, que ya ambos habían bautizado con el sobrio nombre de "Quinta Eva", en honor a una muy querida hermana de Cabo Luis que residía en Tegucigalpa. Con ellos iba su primogénito José Luis, de seis años de edad. Cargaron sus pertenencias familiares en el tren, ya estaba dispuesto todo para los traslados de los tereques hasta la finca, que contaba con un pequeño hato inicial de ganado, algunos cerdos, gallinero, algunos caballos y otros. Prontamente estuvieron instalados, todos felices, ante la nueva vida que les esperaba. Ese fue el comienzo de algo diferente, Cabo Luis se entregó al trabajo de desarrollar su

propiedad, de inicio continuaría produciendo carbón, a como lo hacía el anterior propietario, solamente que él lo enviaría a vender a Managua, lo podría hacer llegar en cuatro carretas que estaban disponibles, pues siguiendo recto tras remontar la Cuesta del Plomo, a una legua más adelante, se encontraba el Mercado Oriental, lugar más que apropiado para obtener un mejor precio por su producto y a la vez ahí mismo comprar los artículos necesarios para ellos en el viaje de regreso con los carretones vacíos a Quinta Eva, perfecto.

Así fueron llevando una vida de hacienda: siembras, vacas, caballos, gallinas ponedoras, trajín desde el amanecer hasta la puesta de Sol. Empezaron ellos a llegar al pueblo de Mateare, de vez en cuando, y obligatoriamente los días domingo, día de la misa, viaje que realizaban desde Quinta Eva sentados cómodamente en la cabina de un calesín halado por un hermoso corcel, pues Cabo Luis era apasionado de los caballos en grado superlativo, logrando toda la familia, rápidamente, entablar amistad con gente originaria del pueblo. Uno de sus mejores amigos llegó a ser Orfilio, el médico, el cual tenía su casona solariega en el centro del mismo, los invitaba el doctor con frecuencia a almorzar.

Los domingos eran especiales en ese rincón del mundo, tras acabar la solemne misa, la niñería de la comunidad armaba raudamente en el atrio de la iglesia competencias de carreras de caballitos de palo, sin ningún motivo en especial, por puro gusto. Estos juguetes eran unos primorosos caballitos con pelos de cabuya teñidos en diversos colores, desde el rojo hasta el azul, en los que no se escatimaba nada de imaginación, la cabecita primorosamente tallada en madera, ensartada en un palo y ahí teníamos un ejemplar equino infantil, los más bonitos eran importados desde Masaya. Se le daba premios al niño que más ensartara argollas o que más cintas obtuviera. El juego consistía que en modalidad al galope, trote veloz, el jinetito en su cabalgadura de palo trataba de ensartar o introducir la punta de una “lanza” o vara en unos aros metálicos de unos tres centímetros de diámetro que se colgaban atados por una cinta en la que en la otra punta se ataba un falso nudo para que la cinta se soltara con facilidad al ensartarlo; ganaba el muchacho que ensartara más argollas. La carrera de cintas era más o menos así: se enrollaban cintas de seda de diversos colores en carretes, se amarraba un anillo o argolla en el extremo de la cinta y se dejaba ésta colgar, el caballista al embocar la pica en el aro y tirar de ella, hacía que la cinta se desenrollara a la carrera del caballo propiciando el aplauso y los vítores de los asistentes. El ganador era aquel chigüín caballista que consiguiera el mayor número de cintas o de argollas, le daban como premio una bolsa de confites y golosinas, el chavalo salía orgullosísimo de su proeza, era sin duda alguna el chico de la semana en el pueblo.

José Luis observaba atentamente el desarrollo de las carreras de caballitos de palo, a su lado estaba Julio, el fiel Mandador de Quinta Eva…

-¡Estás ido chavalo! ¿Te gustan las carreras? – Preguntó Julio-.

-¿Me gustan? ¡Me encantan! Estoy seguro que yo les ganaría a todos estos chavalos, mirá cómo fallan para ensartar las argollas, eso es facilísimo, no sé por qué fallan, son babosos, -dijo José Luis-

-¡Ah!, vos te creés huevon, pues. Sos huevonazo, pues. Los cachimbiás a todos con los ojos cerrados –ripostó Julio queriéndole herir el orgullo al chavalo-.

-Por supuesto que sí, todos ellos son babosos.

-No creas, no creas, para todo eso hay que ser huevón, chavalo.

José Luis no contestó, se quedó meditabundo siguiendo de cerca la competencia. Los chavalos discutían entre ellos, expresaban con grandes alaridos sus observaciones de la contienda, en un lenguaje un poco prosaico y extendido, cosas como:

-¡No jodás! Parece que el hijueputa de Lencho va a ganar.

-¡Picale el culo al caballo! ¡Sos una jaña, amor!

-¡Subí más la vara, chavalo pendejo! ¡Parecés jugado de Cegua! ¡Tenías que ser vos! Por supuesto, mientras cuanto más atrevida era la expresión, más se la celebraban los demás chavalos, dando agudas rechifladas y sonoros aplausos, acompañados de estridentes carcajadas las cuales los mayores costosamente podrían oír, pues aunque observaban la competencia, lo hacían algo retirados, platicando en corros por el atrio.

José Luis por fin llegó al calesín, sus padres llevaban rato llamándolo y él no los oía por el relajo del atrio, partirían hacia a la casa del Dr. Orfilio, que los esperaba con una gran sopa de mondongo, tortillas, cuajadas y solo cosas ricas. El niño seguía pensando en la carrera… ¡Él quería tener un caballito de palo, a como diera lugar, para lucirse ante todos esos brutos en el atrio!

-Papá, ¿qué tengo que hacer para que me regalen un caballito de palo? - dijo mientras se acomodaba en medio de los dos únicos asientos del vehículo-. Cabo Luis no contestó, con la esperanza que se le olvidara rápidamente la cosa, pero Julio, el Mandador, que estaba desatando el caballo del mojón donde lo tenían amarrado, al oír la petición de José Luis , se propuso hacerle uno para

el chavalo y regalárselo, pero no dijo nada, le caía bien el niño, le daría una buena sorpresa pronto.

Julio era un hombre sencillo, de campo. Llevaba ya algún tiempo trabajando para Cabo Luis, no había dudado un solo segundo en decir que sí cuando éste le propuso llevárselo de Mandador a la nueva finca, Quinta Eva, a Mateare. Su fidelidad era incuestionable. Siempre estaba pendiente de su jefe, cuidándole las espaldas, pues él, Julio, siempre decía que no había que confiar en nadie, que estos indios ladinos eran gente jodida, que por enfrente te estaban dando la mano en saludo y por detrás te estaban dando una puñalada sin asco, que si te descuidabas te llevaban, de vaca en vaca, todo el ganado. Julio era desconfiado, callado, pero su entrega a Cabo Luis era proverbial, era la cosa como un asunto de adoración suprema, veía a su patrón como a un dios bajado del mismo Monte del Olimpo. Cuando salían a cazar, por las noches, en compañía del compadre Félix Pedro Pastora que siempre venía los fines de semana para ese fin, Julio caminaba delante de Cabo Luis, para que no le picara ninguna serpiente cascabel -¡jodido, que acá abundaban!- no entendía que era más peligroso que él caminara por delante, pues si salía un conejo, les quitaba a ambos cazadores ángulo de tiro, pero Cabo Luis lo aceptaba y era tolerante con Julio. A tal nivel llegaba la adoración, que Julio siempre dormía, machete en mano, atravesado en el quicio de la puerta del cuarto donde fuera que durmiera Cabo Luis ,- para así sentir si algún cabrón quería venir a joder al jefe y ahí nomás desjarretarle la vida con este cumbo-. Por supuesto que tal costumbre no era bienvenida por Graciela, la que venía recriminando a Cabo Luis, para que pusiera coto a tan perniciosa costumbre, pero todo acaba con un…

-Chela, ya le he dicho más de mil veces, pero siempre lo hace, no entiende, le voy a platicar otra vez del tema… ¡Baboso con Julio! Esa era la expresión más mundana que solía expresar Cabo Luis: baboso. Si le decías que venía un gran aguaje, miraba las nubes y decía ¡baboso!, si su caballo se enredaba en algo y se escapa de caer, decía ¡baboso, casi me caigo!

Le hubieran podido decir a Julio un millón de veces que no era necesario que durmiera en el quicio de la puerta del cuarto de Cabo Luis cuando estuvieran en Quinta Eva, pero él no haría caso, el cuidado de Cabo Luis era asunto tomado con mucha seriedad, incluso diariamente daba Julio un escrupuloso filo al machete cumbo en el molejón de piedra, con mucha paciencia, -“para descerrajarle la vida a cualquiera que osara meterse con el patrón”-. Igualmente, con mucha escrupulosidad, empezó a tallar en madera la cabeza del caballito de palo, la haría con todos sus detalles, tallaría una boca de belfos abiertos, enseñando los dientes, actitud rabiosa, para imponer miedo a los contrincantes, los ojos con expresión de ira, como oteando la meta a vencer, el pelo lo ensartaría de cabuyas trenzadas, sin teñir, rubia, larga crin,

para que le diera gran vistosidad y elegancia, así como lo pintaría café rojizo, todo un alazán, a como había escuchado al niño que le gustaban los caballos, sería sin dudas el mejor caballito de palo que nadie hubiera visto por estos lados de Mateare, trabajaba con verdadero ahínco y entrega al detalle en la elaboración del equino, sin que nadie se diera cuenta, lo hacía en el cuarto de los enseres de montar, alumbrado por una lámpara de gas, cuando se desocupaba de sus labores, tallándolo prolijamente con su afilada navaja de acero inoxidable, suiza, misma que había sido un regalo de don Luis.

En esos días, mes de mayo, ya el cura del pueblo organizaba en conjunto al alcalde y a las fuerzas vivas de la comunidad de Mateare todos los preparativos para la celebración de las Festividades de San Pedro, del próximo 29 de junio. Una de las cosas de vital importancia era nombrar al Mayordomo de dichas festividades, pues era esta persona la que financiaría gran parte de las celebraciones, además era la persona encargada de brindar comidas y bebidas para toda la procesión, cuando ésta hiciera su parada habitual, al medio día, en la finca del elegido, también debía poner y pagar a los chicheros que iban alegrando el trajín. Por propuesta del Dr. Orfilio, se nombró a Cabo Luis como Mayordomo de éstas, con la única oposición del síndico de la Alcaldía, el negro Chente, pues éste había expresado que no era correcto que un conservador tuviera tal reconocimiento ya que el pueblo era mayoritariamente liberal. Esta cuestión fue zanjada rápidamente por todos los presentes, incluidos el alcalde y el cura, que opinaron que estas cosas no era asunto de política, que el señor Luis era un muy buen ciudadano, muy educado, muy amable, que iba a misa en familia los domingos, no bebía nunca, jamás le habían escuchado una sola mala palabra, jugaba billar sanamente y le gustaba pasearse en buenos caballos, todo lo cual era del agrado de la gente del pueblo, que todos pensaban que ojalá vinieran a vivir por estos lados más gente de la calidad de esa familia, así que Cabo Luis quedó oficialmente como Mayordomo del año en curso, procedieron a nombrar la comitiva que se dirigiría a Quinta Eva a darle la noticia al señor y acabó la reunión sin más temas que tratar. El negro Chente, por supuesto, quedó ardido, se sintió cero a la izquierda. Esto tendría mucho que ver con el niño José Luis, pues el negro Chente era el padre de Chirimoya, niño líder en las carreras de caballitos de palo que se escenificaban los días domingo, inmediatamente después de la misa, en el atrio de la iglesia parroquial de Mateare.

Cabo Luis recibió amablemente al grupo de personas que lo llegó a buscar una calurosa mañana, allá en Quinta Eva, los hizo sentar en el patio delantero de la casa hacienda, bajo unos frondosos árboles de mango, que proporcionaban una sombra y una frescura muy agradables, les ofreció de beber una fresca limonada, la cual todos aceptaron al unísono. La comitiva estaba conformada por el cura, el alcalde y dos vecinos más. Una vez que le

comunicaron el propósito de la diligencia, quedaron todos a la expectativa a escuchar qué contestaba el hacendado.

-¡Baboso!, Señor padre, señor alcalde, señores… es para mí un verdadero honor que hayan pensado en mi persona… no sé qué decir… en realidad nunca he tenido una experiencia similar…

-No importa, don Luis, le dejaríamos a sus órdenes a Ricardo Izaba, acá presente, para que él lo guíe en todo lo que tenga que ver y hacerse en estas cuestiones de Mayordomía, de manera que no es ningún detente el no tener experiencia previa, lo importante es que usted acepte. Veo además que tiene acá muy bien arborizado, todo este patio es enorme y fresco, está más que adecuado para realizar la parada de descanso de medio día, y Quinta Eva está lo suficientemente largo como para ser punto final a la montaña, de acá regresaríamos a la iglesia, sería una procesión muy linda, inmejorable, -dijo el señor alcalde-.

- Así lo creo yo también – dijo el señor cura - y no dude, don Luis, que todo lo que usted generosamente contribuya para tal fin, nuestro Señor Jesucristo se lo devolverá doblado o con creces, derramando bendiciones a lo largo y ancho de Quinta Eva, su familia y sus trabajadores.

-¡Baboso! – Exclamó Cabo Luis – Bendiciones es lo que necesito, pues ya sembré bastante y estamos en la necesidad de tener un buen invierno, pues me han contado que las lluvias “brincan” esta zona…

-¡No hombré! Acá lo único que brincan son los piojos y las cascabeles, amigó… - dijo Ricardo Izaba, con una gran sonrisa en su rostro- , cuando llueve… llueve, son unos porrazos de agua que no es jugando la cosa.

-Pues sí, creo que me gustaría aceptarles la proposición, eso sí, les tomo la palabra para consultarle al señor Izaba todo lo que haya que preparar y hacer, cuenten conmigo, desde ya comenzaremos a realizar los preparativos pertinentes para recibir a San Pedro y a San Pablo en Quinta Eva, será todo un honor para nosotros, no se hable más, señores… -dijo Cabo Luis extendiendo su mano derecha para sellar su compromiso y despedir a los visitantes-.

Así quedó Cabo Luis como Mayordomo de las Festividades de San Pedro. En los días subsiguientes al encuentro con la comitiva dispuso que la gente que enviaba a vender las carretadas de carbón al Oriental le comprara veinte barriles grandes, de aluminio, ocho para la chicha fermentada, cuatro para el agua con hielo, tres para limonada para las señoras y niños, y el resto para los nacatamales. La chicha la podrían hacer en Quinta Eva, Julio el Mandador era maestro en su elaboración, los nacatamales también se harían acá, habría que sacrificar unos seis chanchos, lo único que tenía que comprar era el maíz. Los chicheros era cosa un poco más difícil, Izaba quedó de buscar unos de

Nagarote, llamados “Los Trovadores del Cerro”, ya verían el arreglo y pago de esa gente en su momento. Había que engalanar el patio de la hacienda, mandar a colgar banderillas chinas de papelillo, con los colores de la Iglesia: amarillo y blanco, (colores que los estableció Pío VII en 1808, tras la invasión napoleónica al Vaticano). Debían también rozar a machete toda la entrada de Quinta Eva, hacer las rondas, etc. Se trabajó con mucho tiempo de holgura, todo debía estar listo para el 29 de junio, como a las dos de la tarde calculaban que estaría entrando la procesión a Quinta Eva, y ellos estarían más que listos para atender a los centenares de feligreses que con ella venían.

Un sábado, muy temprano, dos semanas antes de la famosa procesión de San Pedro y San Pablo, Julio le llevó a José Luis el caballito de palo, ya terminado y pintado. Le había quedado éste verdaderamente precioso, era todo un gusto mirar la obra, más bien parecía un objeto de adorno, no un juguete de chavalo. Era todo alazán, tirando a rojo. Muy linda su crin la, la cual era casi dorada, como pelo de maíz, el caballito mostraba sus dientes retadoramente, salvajemente, con una mirada penetrante y directa, como quien dice: ¡apártense que aquí voy yo! José Luis quedó embelesado, mudo, su carita dibujaba una sonrisa celestial, angelical, soñadora, visionaria, ¡no lo podía creer! Julio le había hecho un caballito de palo para él, ¡sólo para él!

-Julito, te luciste campeón, te luciste… - decía José Luis sin poder quitar de encima su mirada del equino tallado en preciosa madera de ñambarón, la misma madera con que elaboraban los famosos y caros trompos irrompibles, los que se ponían sin temor para sufrir los secos, no podía el niño levantar la mirada del maravilloso ejemplar alazán que se presentaba con toda su fuerza, virilidad y gallardía ante sus infantiles ojos- sos el mejor hacedor de caballos del mundo, por eso mi papá te debe tener de Mandador, este es el mejor caballo que pueda existir, ¡No tengo paciencia para que ya sea mañana y llevarlo al atrio para ganar las competencias a esos chavalos! ¡Este alazán debe de trotar a mil por hora, como el calesín de mi papá! Ya solamente me falta la pica y estoy completo.

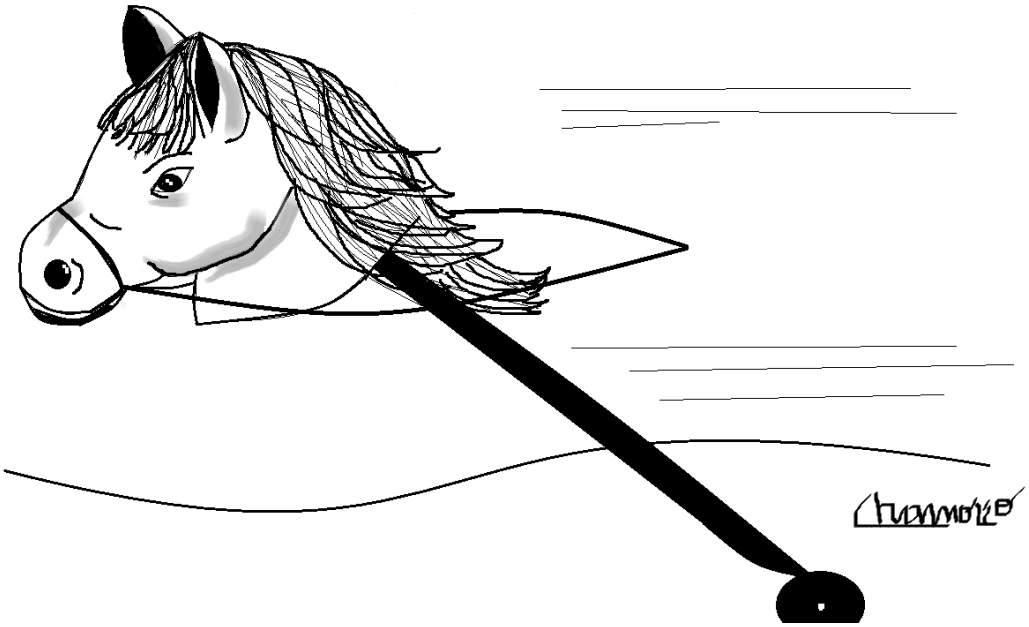
-No mi amigo, -contestó Julio mientras sacaba de detrás de su espalda una bella lancita tallada, blanca como las nubes, que había mantenido escondida hasta ese momento-, no te falta nada, aquí tenés tu pica mortal.

-¡Chocho! Qué bonita esa lanza – casi gritaba el niño- ¡No hay cómo no ensartar con esta punta filosa! Es una obra maestra, por eso sos el Mandador, son chochadas.

-Julio se reía de las producciones del infante y le daba cuerda: - Acordate que esto de los caballos es para huevones, no es para cualquier pendejo, si querés ganar las cintas, tenés que ser huevón, pues.

-Claro que sí, contesto José Luis sin comprender mucho qué significaba aquello de ser huevón, pero sospechaba que si no lo era le podía pedir Julio de regreso el animal y la pica, por lo que dijo con la mayor seriedad del mundo: - ¡Yo soy huevonazo! me dicen el huevonazo de Quinta Eva, Julito-, Se dirigió después a toda carrera a la casa a contarle a su mamá y papá de aquel maravilloso regalo que le había hecho el Mandador.

-Va ves pues, huevonazo, jajajaja… cachimbeá mañana a todos, hacelos paste, huevón, jajajaja – le gritaba Julio retirándose él también, a la vez que agitaba su mano como despedida-.



Esa tarde, en un descuido de Graciela, José Luisito se introdujo sigilosamente en el gallinero de la hacienda, echándole un buen ojo al gallo colorado, pues sabía que éste era muy enojado y más de alguna vez lo había visto picoteando a las gallinas… es más, le parecía que todo el día pasaba en eso, en una sola picoteadera con ellas. Había suerte, el gallo colorado estaba adormecido y encaramado en una de las ramas más altas del arbusto dentro del gallinero, así que el niño procedió a levantar de los nidos algunos huevos,

se llevaría doce, eso era una docena, siempre decía eso su mamá Graciela, las gallinas lo quedaban viendo, volteando sus cabecitas velozmente de un lado a otro y cloqueando suavemente, algunas se bandearon al otro extremo, agitando sus alas al aire repetidas veces, el niño volteó a ver al gallo… seguía sin darse cuenta de su presencia en sus reinos, embolsó aprisa los doce huevos y salió rápidamente de la jaula. Buscó luego José Luisito un lugar en qué sentarse y procedió a comerse los huevos, uno tras otro, simplemente los quebraba golpeándolos suavemente contra una piedra, a como siempre había visto que lo hacían las cocineras, luego los colocaba en su boca, los terminaba de partir en dos mitades con sus manitos a gran velocidad y los engullía de un solo trago, uno tras otro, hasta completar la docena… ¡Ahora ya era un poco más huevón que hace solamente un rato! ¡Tenía una docena de huevos adentro! ¡Había que estar listo para la gran contienda del día de mañana! ¡Ya iban a ver esos chavalos malcriados quién era José Luis, el huevonazo de Quinta Eva!

Aquel domingo fue como todos los otros, amaneció muy fresco, con mucho viento, antes de la salida del astro rey ya estaba Cabo Luis en las cuadras dándole una vigorosa peinada a su caballo, proporcionando así también instrucciones a la gente de la hacienda, pues ellos iban a pasar todo el día en Mateare. Julio bañaba y alistaba a la bestia que iría halando el calesín, salían casi siempre a las siete de la mañana de Quinta Eva, pues pasaban antes de misa de nueve a comprar las cosas necesarias en la abarrotería del chino del pueblo. José Luisito también peinaba su alazán, al lado de su papá. Cabo Luis lo miraba de reojo de vez en cuando, sorprendiéndole la seriedad con que se tomaba el muchacho el cuido de su caballito de palo, incluso lo quería bañar, pero le explicó que era tan nuevo que no necesitaba eso, tal vez sí sería bueno darle una peinadita para darle cuerpo a la crin, pero que tuviera mucho cuidado, pues los caballos siempre podían patear, nunca había que ponerse detrás de las patas, también le recomendó que en la competencia tuviera mucho cuidado con la pica, pues con eso era fácil sacarle el ojo a cualquiera, le decía que fuera preparado a ganar o a perder, pues la cosa no siempre era a como uno la deseaba, que un hombrecito debía saber ganar y saber perder, pero que él llevaba una gran ventaja, pues el alazán era de gran alzada y seguramente le sería fácil embocar las argollas. José Luisito escuchaba seriamente las recomendaciones y asentía con la cabeza, sin dejar de peinar la rubia crin, ya se estaba preparando mental y físicamente para sus victorias, muy de mañana había hecho otra visita al gallinero y se había atravesado otra docena de huevos por el gaznate, iban ya veinte y cuatro, ¡era cada vez más huevón!, los sorprendería a todos y traería a Quinta Eva los premios, de eso no tenía la más mínima duda.

-En el nombre del Padre, y del hijo, y del Espíritu santo –inició el cura la misa dominical-.

-Amén, contestó la congregación.

Extendió sus manos el sacerdote y prosiguió: - El señor esté con ustedes-

-Y con tu espíritu.

José Luisito pensaba que ojalá pasara la misa rápidamente, le empezaba a exasperar la lentitud con la que el padre se movía y hablaba, todo iba en cámara lenta, en su cabecita. Ya divisaba desde su lugar al líder de las carreras, Chirimoya, ese chavalo es el que hacía el apunte de los competidores, y el más arrecho a ensartar argollas, notaba cómo el papá de él, lanzaba furiosas miradas hacia donde ellos estaban, ¿sería que sospechaba que él iba a ganar las cintas hoy? Él estaba sumido en sus pensamientos, esperaba que su alazán no se inquietara mucho con esta espera, menos mal que estaba con Julio, él sabría calmar la bravosidad del caballo. Su cabeza iba de un pensamiento a otro, trataba de calcular quién, entre los niños presentes, le podía hacer mella en su aspiración, sus dudas estaban con uno grandote, como de nueve años, el gordo Fabricio, así había escuchado que le llamaban, era ese gordo o Chirimoya los que le podían competir, los demás eran chochada.

-La paz esté con ustedes, -escuchó decir al cura- su mamá lo abrazó y luego su papá le dio un beso en la mejilla, procedieron los tres a saludar y desear la paz a todos sus vecinos. Seguía la misa, el niño sabía que poco después la gente iría a comulgar, él no todavía, no había recibido la Primera Comunión aún, después de eso, cantaban un rato y terminaba este sufrimiento…

-Yo confieso ante Dios todopoderoso, y ante ustedes, hermanos, que he pecado mucho de pensamiento, palabra, obra y omisión, dijo el cura-.

-Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa, por eso ruego…

José Luisito observó que el papá de Chirimoya no les quitaba los ojos de encima, vio que éste se agachó y dijo algo en secreto a su hijo, después de lo cual Chirimoya volteó a ver hacia donde ellos se ubicaban y pudo notarle una siniestra risa dibujándose en sus labios. ¿Será que el papá le estaba previniendo que hasta ahora sabría qué cosa sería una contundente derrota? Notó también que Cabo Luis se dio cuenta de estas miradas, pero no dijo nada

ni les dio ninguna importancia, así que tranquilo, no dejaría que lo atacaran psicológicamente, solo era cosa que pasara ya esta misa, se estaba haciendo larguísima…

-Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a quienes ama el Señor. Por tu inmensa gloria te alabamos, te bendecimos… -seguía el cura-.

Desde el lugar donde estaban pudo ver el niño que ya circulaban muchos chavalos en el atrio, se veía movimiento de caballitos de palo, se imaginó que ya estaban colocando las cintas y las argollas en sus lugares, él desearía estar allá y no en misa, pero Dios guarde si se salía, su mamá era capaz de chorejearlo, así que empezó a tamborilear la banca con sus deditos, inmediatamente su mamá le conminó a guardar silencio. Observaba ya chavalos trotando en sus cabalgaduras, calentando, tendrían un poco de ventaja, pero no importaba, él era el huevonazo de Quinta Eva, ya iban a ver.

-El señor reciba de tus manos este sacrificio, para alabanza y gloria de su nombre, para nuestro bien y el de toda su santa Iglesia, - continuaba el ritual dominical-.

Chirimoya salió del templo, bajo la mirada de su padre, se dirigió a los chavalos que estaban en el atrio, platicaron un momento y todos voltearon a ver dentro de la Iglesia, luego Chirimoya regresó al lado de su padre, le dijo algo al oído y ambos sonrieron dirigiendo sus malévolas miradas hacia José Luisito. Ahora ya todos debían estar claros que el ganador se encontraba en la misa, José Luis se imaginaba que el chavalo había salido a prevenir a los demás que la fiesta se había acabado, que ahora competiría él y que no había nada que hacer, serían derrotados todos, sin piedad, ya habrían visto su alazán, que estaba allá afuera con Julito.

-Podéis ir en paz.

¡Terminó la misa! , el niño no esperó nada, salió corriendo hacia el atrio de la iglesia, dirigiéndose directamente a donde estaba Julio cuidando su alazán…

-Julito, Julito, dame el caballo, ya me voy a inscribir para las carreras, ¿no ha estado muy inquieto?

-No, -dijo Julio – todo bien con el caballo, acá tenelo, andá demostrales a todos lo que sabés hacer, huevonazo…

Se dirigió José Luis, ya montado en su corcel, a trote lento, hacia el grupo de montados que se estaba disponiendo para comenzar las contiendas de cintas y argollas de la semana, ese día había más gente de la habitual por el atrio ya que como las Festividades de San Pedro se avecinaban, siempre hay un renacimiento de las cosas religiosas al estar en los preámbulos de una fiesta de

estas magnitudes, se trastoca la vida normal dela comunidad, creando un ambiente de alboroto, de expectativa y de relajo.

-Hey, vos, chele, nariz de camote, ¿para dónde creés que vas? – Atajó en su carrera Chirimoya al niño jinete-.

-Voy a inscribirme para participar en las carreras - mientras decía esto el grupo de niños montados se unió en una sola pelota tras Chirimoya, poniendo todos mucha atención en la plática, había un profundo silencio en el ambiente-.

-¿No te habían contado que estas carreras solamente son para los chavalos de Mateare? Vos sos de Managua, así que no tenés derecho a participar –dijo esto Chirimoya mientras elevaba la vista hacia su papá, que se encontraba a mediana distancia pero atento a los sucesos, con una sonrisa entre sus labios.

¿Cómo que no soy de Mateare? Para tu conocimiento soy de Quinta Eva, y que yo sepa, es parte de Mateare, además acá hay chavalos que vienen de más largo que eso y siempre han participado en las carreras.

-No, estás equivocado, chelito, toda esa gente fue bautizada en esta iglesia, en la pila que está allá adentro, así que tienen todo el derecho de participar, vos probablemente fuiste bautizado en la Catedral de Managua, así que lo que te corresponde es ir a la traída de Santo Domingo –dijo Chirimoya mientras casi todos, menos unos cuantos niños, soltaron sonoras y vulgares carcajadas y rechiflidos ante la ocurrencia de Chirimoya-.

-lo que pasa es que me tienen miedo, sabés que los voy a apalear a todos, a vos primero, estás inventando eso porque estás temblando de miedo, nunca habías visto un alazán como este y te estás churreteando – ripostó José Luisito, con un semblante de enojo indiscutible-.

-Jajajajaja, -rieron todos los niños ante tan gráfica respuesta.

-Lo que querrás, chelito, pero no vas a competir, así que apartate o te apartamos, te echaremos la vaca todos juntos, en molotera, si no te apartás, -mientras decía esto, toda la pelota de chavalos dio un paso adelante como para secundar las palabras de Chirimoya.

José Luisito echaba humo de tan enojado que estaba, su carita roja, roja, pero no era tan tonto como para rifarse con más de veinte chavalos a la vez contra él, seguro le darían una buena revolcada si le echaban la vaca todos juntos... uno por uno sí podría, pero todos juntos... ¡quién sabe cómo le iría! así que encogió los hombros, como que no le importaba la cosa, como si eran ellos quienes se lo perderían y dijo retirándose hacia el calesín aparcado en la calle:

– Pues no participo, esta es una carrera de chavalos maletas, yo no juego con maletas, que les vaya bien-.

Llegó al calesín, ahí aguardaban ya Cabo Luis y Graciela, cuando pasó al lado de Julio éste le guiñó un ojo y le dijo calladamente, de manera que solamente él lo oyera:

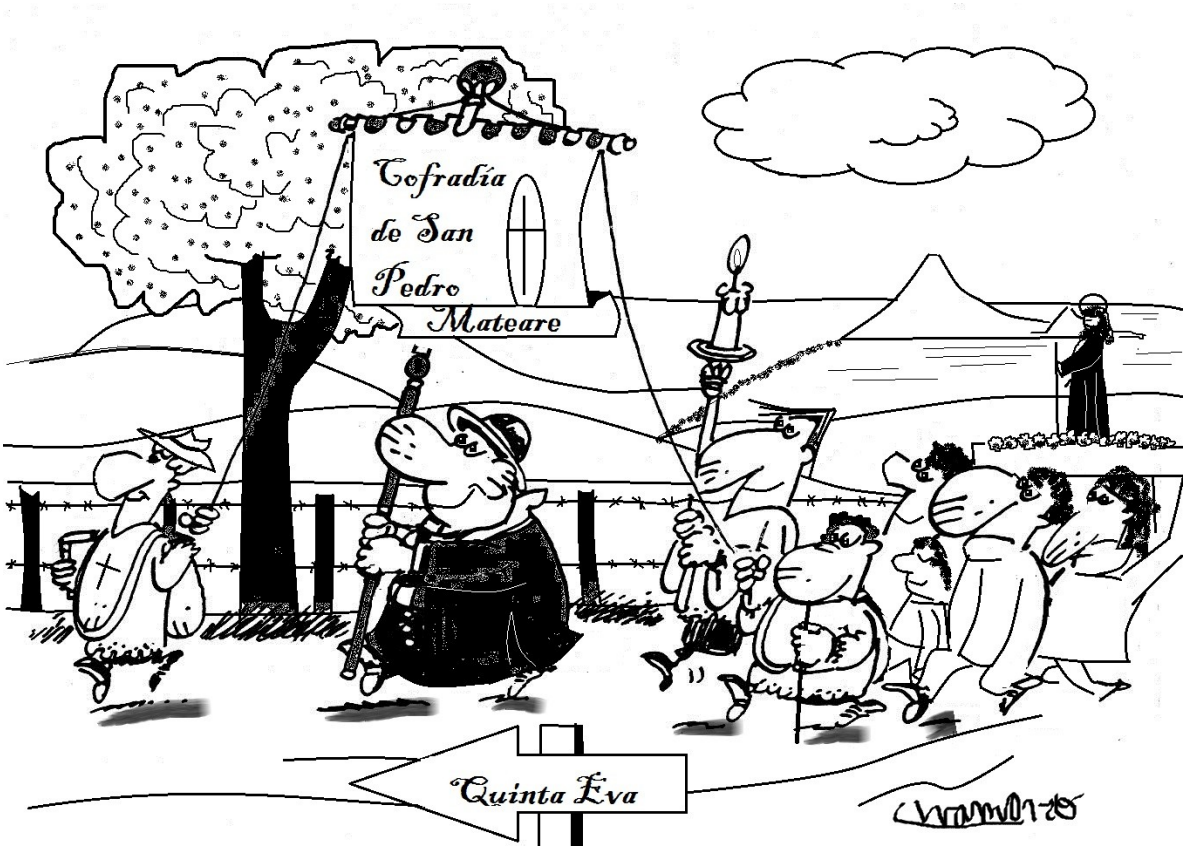
-No les haga caso campeón, se cagaron, te tuvieron miedo, no valen la pena, vos sos huevón.

-No, no valen la pena, Julito –dijo el niño con los ojos llorosos-.

Cabo Luis no dijo nada, solamente sobó la cabeza del niño y volteó a ver donde se encontraba el negro Chente. Se trepó el niño en el calesín y partieron todos de regreso a Quinta Eva en sepulcral silencio. Cabo Luis iba pensando cómo subirle el espíritu al chavalo, y sin pensarlo mucho dijo al niño que en su próximo cumpleaños, el 17 de febrero próximo, le regalaría un caballito de verdad, Graciela opinó que aún estaba muy pequeño, que eso era peligroso, pero Cabo Luis se cerró y dijo que el caballito iba, el niño sonrió feliz, y también sonrió Julio.

Cuando Cabo Luis encargó la compra de los barriles de aluminio que iban a ser usados para preparar las bebidas y comidas de la feligresía de la procesión de San Pedro, dijo expresamente a sus empleados que iban al Mercado Oriental con las cargas de carbón y vendrían de regreso con tales barriles, que escogieran únicamente aquellos recipientes que hubieran contenido antes granos, aceites y similares, que jamás compraran alguno que hubiese sido envase de químicos o insecticidas, los cuales eran muy usuales en Nicaragua. Los empleados cumplieron a medias la orden, compraron doce según las indicaciones del patrón y ocho que habían sido usados como envases de fertilizantes agrícolas, pues éstos valían la mitad por su alta toxicidad y porque se les debía lavar muchas veces para su uso, nunca servirían para guardar agua para beber, únicamente servían para otros fines. Pero en su infinita ignorancia, ellos no lo sabían. Lo único que sabían era que tenían que lavar fuertemente esos ocho barriles para quitarles el tufo al fertilizante que habían contenido, quitarles también las temibles calaveritas que aparecían en anuncios de papel pegado a los barriles, cuestión que hicieron con mucho esmero y paciencia. Con bastante jabón de grasa de chancho, esfuerzo y un cepillo, les dieron y les dieron a los envases hasta no sentir con sus narices en absoluto ningún mínimo olor que pudiera delatar su chueco origen, ni quedaran rastros de las calaveritas negras adosadas a ellos, luego procedieron a repartirse entre sí el sobrante del dinero del movimiento hecho y llevaron los veinte barriles a Quinta Eva puntualmente, como que si nada.

Las dos semanas para el 29 de junio transcurrieron rápidamente, llegó el gran día de la procesión. Por supuesto que hubo una gran actividad previa en Quinta Eva, la matada de seis cerdos, la preparación de la masa y la elaboración de los nacatamales para tanta gente, no era asunto de quedarse sentado. Lo mismo fue con la elaboración de la chicha de maíz fermentada, eso a como fue planeado, lo hizo Julio. La chicha quedó perfecta, según catamiento previo del personal de la hacienda, después de todo su proceso de fabricación procedieron a guardarla en ocho barriles, que por casualidad fueron usados aquellos mismos que habían sido lavados con jabón de grasa de cerdo, los mismos que habían contenido fertilizantes agrícolas, cuestión que Julio desconocía, juegos del destino. La quinta quedó hermosa, llena de banderines blancos y amarillos, muy bien barrida y sin monte. Cabo Luis organizó todo para que funcionara con orden el asunto, mandó a colocar los nacatamales dentro de barriles con agua caliente, para mantenerlos a punto en cualquier momento, colocó los nacatamales bajo la sombra de frondosos árboles de sombra, al igual que los barriles que contenían la limonada y el agua, con mesas a su alrededor, para que la gente comiera y bebiera con agrado y comodidad. No así fue lo de la chicha fermentada, esa espirituosa bebida, ordenó él, debía ser puesta al otro lado, largo de los nacatamales y las bebidas, allá donde no hay árboles que den sombra, dijo que ahí no pusieran sillas, que el que quisiera beber lo hiciera, pero se iba a asolear de pie, tal vez así no le llegaba tanto el guaro a la cabeza, él no quería alborotos ni pleitos con machetes en Quinta Eva, y lidiar con borrachos era... ¡Baboso! Ya todo dispuesto, le avisaron a don Luis que ya se divisaban las cabecitas que venían en procesión, así también se escuchaba débilmente la música de los chicheros “Los Trovadores del Cerro” amenizándola, por el camino principal, así que se fueron todos a esperarlos a la entrada de la hacienda, con gran alegría.



Venía el párroco encabezando la procesión, con un sombrero en su cabeza, portaba una sonrisa radiante en su cara, cargaba con gran orgullo el banderín de “La Cofradía de San Pedro de Mateare”, tras él venía la imagen tallada en madera de San Pedro Apóstol, con bordón, en andas saturadas de bellas flores blancas, lo cargaban doce hombres, sudorosos y serios de gravedad. Inmediatamente atrás del Apóstol venían Los “Trovadores del Cerro”, en un solo alboroto musical, como en jolgorio de hípicos, alegrísimo, dando saltos y bailando sus canciones, luego venía una multitud regular… un montón de gente, todos venían sonrientes, bailando y aplaudiendo, sudados, agitados, levantando polvo del camino, era ya la una de la tarde y el calor estaba en lo fino, la misma hora en que se ahorcó Judas, venían todos pensando en la atracada de comida y en la bebedera de chicha que se iban a recetar en Quinta Eva. Entró por fin el papachín a la hacienda, todo el personal, Cabo Luis y su familia aplaudieron la entrada del gentío, unos saludaron, otros muchos, bastantes, se fueron directamente a los barriles de chicha, no había tiempo que perder.

Colocaron las andas con la imagen de San Pedro en un lugar que ya tenía preparado Cabo Luis, bajo el palo de mango, con mucha sombra y frescura, ahí

mismo los chicheros dejaron todos sus bártulos y equipo, luego todo el mundo se dirigió a saciar su sed y hambre a las diferentes filas de barriles dispuestos para eso. Los primeros en la cola de la chicha eran los chicheros, se hacía ésta más grande con una rapidez asombrosa, Julio servía con un cucharón vaso tras vaso. Más calmadamente, las mujeres y niños, así también la gente de mayor edad y algunos jóvenes, hicieron fila en los nacatamales, limonada y el agua, se les servía y comían muy diligentemente, todos opinaron que los nacatamales estaban riquísimos, de gran calidad, no esperaban menos de don Luis y su familia, gente de primera, exquisita, seguramente doña Graciela había sido quien había dado el toque final a los nacatamales, pues en Mateare nunca habían probado nada así tan buenos. La multitud comió y bebió… bebió y bebió, los barriles de chicha vieron fondo a una velocidad asombrosa, fue lo primero que se acabó, ya la gente descansaba, sentados por doquier, conversando, para tomar fuerzas para el regreso, el cura les había dicho que saldrían en diez minutos, no más, pues tendrían que estar entrando en la iglesia a las cuatro, según lo programado, para las aleluyas. Dicho y hecho, a los diez minutos el cura agradeció todo a Cabo Luis y a su esposa y dio la orden de partida, cargaron al santo, se colocaron atrás los chicheros y empezaron a tocar su alboroto, dijeron adiós y comenzaron el desordenado retorno al pueblo.

Hasta por la noche Cabo Luis se enteró de los sucesos que tenían conmovido al pueblo de Mateare, le llegaron a contar a Quinta Eva que la procesión había continuado normalmente como un cuarto de legua, nada más, que en ese punto uno por uno de los asistentes se iba tirando misteriosamente al monte, a los matorrales, al principio no se notó mucho, pues era lógico que la gente fuera a realizar sus necesidades menores discretamente tras algún arbusto frondoso que hubiera a la vera del camino, pero la procesión verdaderamente iba raleando. El cura proseguía, no se daba cuenta de nada pues traía atrás al santo y el alboroto de la música, que no paraba y parecía cada vez más música de hípicos que sacra. La gente se iba aventando las alambradas, temerariamente, buscando dónde descargar sus miserias, a otros ni para eso les daba tiempo, ahí no más se arqueaban y comenzaban a vomitar pura chicha chirris. El cura creyó escuchar diferente la música, era como si tocaran menos instrumentos cada vez, hasta que todo quedó en silencio abruptamente, se volteó sorprendido a ver qué era lo que estaba sucediendo con los chicheros y… ¡No había ninguna procesión atrás! Hasta el santo estaba tirado en medio del camino, solito el santo, abandonado miserablemente, solamente pudo ver cabecitas escondidas tras los matorrales, tratando de esconderse, estaban como evacuando, vio a otros vomitando sin ningún comedimiento litros de hiel, como dejando la vida en el vómito… de repente él mismo sintió un retortijón violento, abrumador, urgente; le sonaron todas las tripas escandalosamente, retumbaban cosas en su estómago, le sobrevino un apuro intenso de evacuar, in crescendo, inobjetable, cada vez

más apremiante, impostergable, soltó repentinamente una chorrera de gases estridentemente sonoros y… y… y… ¡Ya no pudo contener!, se lanzó de cabeza, clavada olímpica, tras el primer arbusto que alcanzó, para así , de esa manera, aliviar sus penas. Evacuó y evacuó… ¡y evacuó! , vomitó… vomitó… ¡y vomitó! con unos espasmos terribles… ¡Era cosa de Satanás!

Cuentan que llegaron al pueblo como a las seis de la tarde, en andrajos, vomitados, cagados, mareados, a algunos desmayados los llevaban entre dos, como hamacas, pasaron directamente a la casa del doctor Orfilio, que se convirtió inmediatamente en un verdadero hospital de campaña, había gente acostada por todos lados, hasta la hamaca del doctor ocupaban, se escuchaban sonidos como de vómitos en seco, ya no había más que arrojar, abundaban expresiones como: - ¡Hay mamita! ¡Estoy viendo el cielo por un hoyito! ¡Esta m… no se la deseo ni a mi peor enemigo! Del que no se supo nada fue del cura, nadie lo vio, no sabían de él. El santo quedó tirado allá en el camino, solo. Gracias a Dios el doctor controló muy bien la cosa, comprendió que lo importante era hidratar a la gente y las hacía beber grandes cantidades de agua y más limonada, la cosa no pasó a más, fuera de perder algunas libras, todos sobrevivieron, solamente fue herido el orgullo propio de cada quien, pues los vieron llegar cagados y vomitados, sin dignidad, arrastrando los pies y lamentándose. El ganancioso fue el doctor, hasta pudo remodelar su casa con los honorarios recibidos.

Siempre especularon sobre estos hechos en Mateare, unos decían que el Cabo Luis había envenenado a toda la procesión a propósito, porque él era conservador y casi todos ellos eran liberales, cuento que propagaba constantemente el negro Chente. Otros decían que era castigo divino por haberse embriagado todos sin ninguna medida, que se lo tenían bien merecido. Unos pocos, decían que algo le había echado el mandador Julio a la chicha a última hora, cobrando la humillación que le habían hecho los chavalos del atrio a su patroncito José Luisito, pues los padres de la chavalería iban en la procesión, se especuló y se especuló… Cabo Luis simplemente dijo: ¡Baboso!

Eduardo J. Chamorro Baca

L

eón, Nicaragua, 27/11/2012